

que con un salvoconducto del bando nacional regresó a España para adherirse al Movimiento en Salamanca; la vuelta en 1938 a Francia, donde residió hasta que en 1940 regresó a España definitivamente. En sus reiterados llamamientos a una solución militar, Baroja olvida su cacareada independencia y desde luego «renuncia» a una neutralidad que sólo existió en los papeles. A nuestro escritor, como bien ha visto Eduardo Gil Bera en la biografía *Baroja o el miedo* le traiciona una y otra vez su doblez, su calculada estrategia de omisión y mentira, y además un más que comprensible y humano miedo, que sin embargo él nunca reconoció y que la guerra por fuerza acrecentó.

Con las excepciones de Dalí en *Vida secreta de Salvador Dalí* (1993:384) y de Moreno Villa en *Vida en claro* (1976:208), que presagiaron el comienzo de la guerra, no deja de llamar la atención que la inmensa mayoría de los autobiógrafos no hubieran atisbado su proximidad, pues desde hacía años los hechos y los comentaristas venían anunciándola con tozuda insistencia. Pues bien, a pesar de las señales inequívocas que desde años se venían recibiendo (golpes militares frustrados, intentos independentistas, levantamientos populares, etc.), una buena parte de los autobiógrafos declaran haber sido sorprendidos por el curso de los acontecimientos. Esto vendría a demostrar, una vez más que, aun esperándola, la tragedia sorprende siempre a los hombres, como si un mecanismo psíquico de supervivencia les quisiera defender de lo inevitable, rechazándolo como si estuviese lejano o fuese incierto.

González Ruano es uno de esos sorprendidos, falso sorprendido en su caso, pues como él mismo declara en sus memorias, el ambiente de Madrid, en una visita de junio del 36, no le había gustado nada, así que, temiendo lo peor, aprovechó para desmontar un piso recién instalado y se volvió a Roma enseguida. Ruano había venido a España a resolver unos asuntos familiares, pero como confiesa:

«Encontré un Madrid odioso, cargado de ordinariez y de resentimiento. Di órdenes de levantar un pequeño piso que casi acababa de instalar, dejé en la casa de mi madre las cosas que más me importaban, sin saber que iba a perderlas muy pronto, y algunas otras me las llevé a Roma (...) Sin embargo, nadie suponíamos ni remotamente nada de lo que tan en puertas estaba. (...) Regresé a Roma dentro del mes de junio y tan pronto como pude» (*Mi medio siglo se confiesa a medias*, 1979:383-4).

Pocos días después, de vuelta en Roma, fue invitado por el cupletista Raquel Meller a su mansión en la Costa Azul francesa, casi al mismo tiem-

po que asesinaban a Calvo Sotelo, el día 13 de julio. Me permito reproducirlo con cita extensa, pues no tiene desperdicio:

«La impresión primera fue en mí de desconcierto y de espanto. Luego de simple tristeza, pero debo de confesar que no me imaginé aún lo que iba a ocurrir, porque de haberlo pensado no me habría movido de Roma y de haberlo sabido bien aquella misma noche habría intentado acercarme a España. Estuvimos dudando si ir o no a Villefranche, pero como ya habíamos quedado en fecha fija con Raquel y la penosa impresión recibida con lo de Calvo casi me pedía un escape moral de la imaginación, salí el mismo día 14 para Francia (...). En Villefranche todo sonrío al turista. (...) En la noche del 18 de julio alguien nos vino a decir que en España había estallado la Guerra Civil. Nos miramos nosotros sorprendidos, entre incrédulos y emocionados. No sabíamos qué hacer (...) Raquel Meller mandó subir de sus bodegas lo mejor que tenía: champañas ilustres, venerables coñacs... Y nos mareamos de alcohol, de patria, de nostalgia y de incertidumbre» (1979:385-7).

Valgan estos fragmentos para comprender que la de González Ruano es una de las rememoraciones de la guerra más complacientes y cínicas que puede leerse. Ruano la pasó entera en Roma como corresponsal de *ABC* y, aunque confiesa haber contemplado la posibilidad, rechazó inmediatamente la idea de regresar a Madrid por el alto peligro que hubiera corrido su vida y porque así se lo recomendaron por carta que conserva.

La memoria bélica de Dalí, en su ya citada *Vida secreta de Salvador Dalí*, lo autorretrata como un megalómano provocador y un narcisista patológico, y lo caracteriza también por su insensibilidad política y humana. Entre el año 1934, en que abandonó a la carrera la Barcelona de las revueltas independentistas, y 1939, Dalí vivió fuera de España, desentendido del curso de los acontecimientos pues, como él mismo reconoce, la guerra no alteró ninguna de sus ideas, al contrario, ésta vino a ratificar las que ya tenía sobre España y su destino. Para Dalí la Guerra Civil y la revolución españolas son una demostración de que cualquier revolución es en realidad un desenterramiento y una vuelta a la tradición. En su opinión, la guerra habría venido a revelar «la auténtica tradición católica peculiar de España, ese catolicismo completamente categórico y fanático. (...) Todos –ateos, creyentes, santos, verdugos y víctimas– todos, luchaban con el valor y el orgullo únicos de los cruzados de la fe» (1993:387). Vistos de manera tan personal los hechos, no es que Dalí se mantuviese fiel a un ideario, sino que aquéllos sucedían para darle la razón. En realidad, es como si no hubiera pasado nada, esa es la impresión que tuvo al regresar a su pueblo natal al

final de la contienda. «¡Nada había cambiado en once años, y todo había quedado igual a pesar de tres años de guerra civil y de revolución! ¡Oh, la perennidad, la fuerza, la indestructibilidad del objeto real! ¡Insondable violencia de las cosas tangibles y formales en detrimento de la historia; poder aterrador y permanente de lo concreto material sobre la efímera vanidad del revolucionarismo ideológico!» (1993:414). En fin, un balance de la guerra digno de alguien que había pasado los tres años haciendo turismo entre Roma y París, entre la Costa Azul y los hoteles de lujo de los Alpes italianos, donde había padecido una «dolorosa» epifanía de la muerte por el «martirio» de una insignificante herida en la mano derecha, que le eximió de partir hacia España (1993:392-394).

Hubo, claro, «guerras» menos confortables y fidelidades políticas más comprometidas que las de Dalí y González Ruano. A Julián Marías, por ejemplo, la fidelidad al gobierno de la República no le salió gratis pues, delatado por un antiguo compañero de estudios, fue encarcelado durante unos meses en los primeros momentos de la posguerra, y durante todo el franquismo soportó este estigma discriminatorio. Sin embargo, y esto sin duda enriquece su testimonio, no fue la suya una afección acrítica ni estuvo exenta de contradicciones, pero nunca dudó dónde debía estar su lugar. Sus memorias, *Una vida presente* (1988), son un ejercicio de lealtad a la causa política en la que se cree y de equilibrio personal, que no todos los autobiógrafos aquí convocados consiguen. Marías, republicano liberal y católico, fue leal a la República y a sus creencias religiosas, aunque entiende que la primera, en los primeros meses de la guerra, no supo controlar lo que para él eran excesos revolucionarios ni la Iglesia evitar el partidismo exagerado, que excluía a tantos creyentes republicanos. Por tanto, la fidelidad no debió resultarle cómoda ni fácil: «Era ineludible *preferir* una de las dos fracciones, lo cual no quiere decir aprobarla ni ser cómplice de ella. (...) A favor de la República, pero de manera crítica, con enérgicas restricciones, con inmensa repugnancia a mucho de lo que se hacía en su nombre; y con la evidencia de que del otro lado de las trincheras se hacían cosas equivalentes» (1988:199).

Cuenta Marías en *Una vida presente* que un día en Madrid subió al tranvía una hermosa mujer burguesa, perfectamente maquillada y vestida, que despertó la admiración de todos los viajeros menos del conductor del tranvía, que le dedicó una mirada de odio y desprecio de clase. «Estamos perdidos –concluye Marías con gracia–. Cuando Marx puede más que las hormonas no hay nada que hacer» (1988:188). Ciertamente algo intangible se había transformado en aquellos momentos iniciales de la contienda: el levantamiento militar había agudizado la conciencia de clase entre los

obreros urbanos, que habían radicalizado sus posturas. De manera si cabe más personal y directa, Moreno experimentó lo mismo en su entorno de la Residencia de Estudiantes, cuando las señoras del servicio hasta entonces correctas y hasta obsequiosas comenzaron a tildar a los residentes de señoritos burgueses y a amenazarles (*Vida en claro*, 1976:211). Para Marías y Moreno Villa la República era un logro que había que salvar para importantes masas de trabajadores, una rémora que superar. A pesar del miedo a las masas revolucionarias y a su violencia muchas veces arbitraria, Moreno que, como republicano moderado, ni entendía ni aprobaba aquello, supo guardar la compostura y permanecer en Madrid hasta que, como la mayoría de artistas e intelectuales, fue evacuado a Valencia.

Menos airosa, por muy contradictoria, resultó la reacción de Buñuel ante aquellos mismos hechos. En *Mi último suspiro* (1982) el cineasta aragonés confiesa su desazón y temor cuando contempló las milicias populares pasando por la puerta de su casa en Madrid, sin ninguna autoridad militar que las controlase y en un ambiente de anarquía y desorden completos. Al encontrarse viviendo en un proceso revolucionario verdadero, comprobó lo que distaba entre predicar la abolición, teórica y surrealista, de cualquier orden social y vivirla de verdad en un estado de cosas caótico e inseguro. Con una sinceridad que le honra, Buñuel apostilla: «Yo, que había deseado ardientemente la subversión, el derrocamiento del orden establecido, colocado de pronto en el centro del volcán, sentía miedo» (1982:150). A finales de septiembre del 36, apenas dos meses después de comenzada la guerra, se encontraba ya en la embajada española de París, ocupándose sorprendentemente de un revoltijo de asuntos diferentes (protocolo, asuntos de cultura, propaganda, espionaje, etc.) que extienden sobre estos años de la vida de Buñuel un velo de sombras, pues con certeza no sabemos qué hizo en París durante ese tiempo.

Como si no hubiesen de cerrarse las heridas de la guerra, mientras no se restituyera la legalidad de la República, Rafael Alberti y María Teresa León comenzaron a redactar en el exilio sus respectivas memorias como un servicio más a dicha causa. Escritas en diferentes momentos de su biografía y obedeciendo a impulsos distintos, las dos primeras entregas de *La arboleda perdida* (1959 y 1987) y *Memoria de la melancolía* (1970) recuerdan su participación en la guerra; cada uno con su talante particular y desde sus propias circunstancias. Rafael Alberti, más lírico y vitalista, tardó demasiado, casi cuarenta años, en volver a recordar los momentos dramáticos de la contienda y lo hizo, cuando parecía, muerto Franco, que el paréntesis que inició la guerra estaba próximo a cerrarse. Su visión es anecdótica y tópica, carente de la intensidad y del detalle que se esperaría de su testi-